

Extensión Territorial y División Provincial del Imperio Romano en tiempos de Trajano y Adriano (117 d. C.).

Mapa en imagen adjunta. Fuente: [Wikimedia Commons](#)

0

1. Clasificación, Datación y Descripción

La presente imagen nos muestra un mapa de la organización territorial del Imperio Romano. Concretamente, se trata del momento en el que dicho Imperio alcanzó su máxima extensión, durante el año 117 d. C., bajo el mandato del emperador de origen hispano Marco Ulpio Trajano (98-117 d. C.). Estamos, por tanto, ante un mapa de corte sincrónico, dado que en él se representa un momento histórico preciso, sin datos sobre su evolución o desarrollo posterior.

El mapa combina dos tipologías complementarias, a la vista de la información que contiene. Por un lado, se trata de un mapa de tipo político-militar, ya que nos presenta de manera clara varios aspectos, tales como los *limes* o fronteras del Imperio; la ubicación de las legiones romanas, a lo largo de dichas fronteras y en provincias consideradas políticamente más inestables (se usa el *scutum* o escudo romano como símbolo para marcar la ubicación); los territorios anexionados por Trajano en su campaña contra los partos (114-117 d. C.), como son Armenia (color verde con líneas anaranjadas), y Mesopotamia y Asiria (color violeta con líneas magenta); además, también aparecen algunos reinos - clientelares o independientes - que mantenían estrecha vinculación con Roma, como el Reino del Bósforo y la Lázica o Cólquida (color rosa en el mapa) o la Iberia caucásica (azul). Por otro lado, es, a la vez, un mapa de temática administrativa, ya que también resalta la organización y división de los dominios imperiales en distintas provincias (diferenciadas en el mapa a través de sus líneas fronterizas y de su color, dependiendo de si eran provincias imperiales o senatoriales). Cada una de ellas aparece, además, acompañada de su correspondiente capital (en blanco) y de otras ciudades de importancia (en negro). Roma y la Península Itálica aparecen como capital única y centro del vasto Imperio romano de la época.

El mapa no es una fuente original datable en el siglo II d. C. Por el contrario, se trata de una elaboración muy posterior a los hechos, de nuestro presente, a la vista de la base cartográfica actual que se utiliza y de la que los antiguos romanos carecían. Su autor es el cartógrafo e historiador Juan Valverde Ayuso. La información política, militar y administrativa que recoge, eso sí, está extraída de las referencias conservadas - y dispersas - en las fuentes antiguas. Especialmente, es destacable, en este sentido, la información proporcionada por los escritos de Estrabón, Plinio el Viejo, Publio Cornelio Tácito, Suetonio, Flavio Arriano, Claudio Ptolomeo y la Historia Augusta.

La precisión con la que podemos datar la realidad histórica representada en el mapa viene dada por los acontecimientos ocurridos en el año 117 d. C. En dicha fecha, el emperador Trajano culminaba su campaña militar en Oriente, contra el Imperio parto, en la que había

estado inmerso desde el año 114 d. C. La creación de las nuevas provincias de Armenia, Mesopotamia y Asiria fueron el resultado administrativo de las conquistas trajaneas. El Imperio, con estas anexiones, alcanzó su máxima extensión (unos 5 millones de km²), pero el dominio romano fue efímero. En agosto del 117 d. C., Trajano falleció en Selinunte (provincia de Cilicia, en la península de Anatolia), durante el camino de vuelta a Roma para celebrar su triunfo sobre los partos. Publio Elio Adriano, su sucesor al frente del Imperio (117-138 d. C.), tomó la decisión de abandonar los territorios conquistados. Así, volvió a fijar las fronteras entre Roma y el Imperio parto en el río Eúfrates (Trajano la había llevado hasta el Tigris), y devolvió a Armenia su condición de reino clientelar de Roma. La realidad histórica del mapa es, por tanto, datable con exactitud, pues la extensión del Imperio romano tal y como se representa solo se mantuvo durante algunos meses del año 117 d. C.

2. Análisis

La información que contiene el mapa permite analizar varios aspectos políticos, militares y administrativos del Imperio romano durante sus dos primeros siglos de existencia. Una época denominada por los historiadores como Alto Imperio Romano o Principado. Dicha época comienza con el ascenso de Octavio como emperador en el 27 a. C., cuando el Senado lo proclama *princeps* y le concede el título de Augusto y el *imperium maius*, esto es, el poder sobre todas las legiones; y finaliza con la llegada al trono del emperador Diocleciano, en el 284 d. C. y con la reestructuración política y administrativa del Imperio llevada a cabo por este, que dará lugar a una nueva etapa (el Bajo Imperio Romano o Dominado).

Trajano y Adriano pertenecen a la dinastía Antonina (96-192 d. C.). Salvo la última etapa, coincidente con el reinado del último emperador de la dinastía, Cómodo (180-192 d. C.), esta época se considera como la del máximo esplendor del Imperio en cuanto a expansión territorial, paz y prosperidad. La expresión “los cinco emperadores buenos” (Nerva, Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio), acuñada por E. Gibbon en su “Historia de la Decadencia y Caída del Imperio Romano” (1766-1788), venía a reflejar, más de mil quinientos años después, esta percepción positiva, emanada de las propias fuentes antiguas.

Desde el punto de vista político, el mapa refleja dos concepciones distintas de entender hacia dónde debían de dirigirse los esfuerzos del Imperio. Para el emperador Trajano, su máxima aspiración fue ampliar los límites territoriales y proyectar el poder romano más allá de sus fronteras. Una política, beligerante y expansionista, que era prácticamente desconocida desde los comienzos del Imperio. De manera simbólica, Augusto había cerrado las puertas del templo de Jano (que solo se abrían en tiempos de guerra), en el 24 a. C., tras vencer a cántabros y astures en la Península Ibérica. Desde entonces, salvo por la conquista de Britania por parte del emperador Claudio (41-54 d. C.), las fronteras del Imperio no se habían desplazado sensiblemente. Augusto, en su testamento político (*Res Gestae Divi Augusti*), también había influido en este inmovilismo al desaconsejar aumentar la extensión del territorio romano a través de las conquistas. Seguramente, el desastre de Teutoburgo (9 d. C.), en la que Roma perdió tres legiones comandadas por Publio Quintilio Varo, influyó en la insistencia augustea de mantener la paz y a Roma dentro los límites en los que Augusto la dejó en el momento de su muerte (14 d. C.).

Las campañas de conquista de Trajano, por tanto, son la característica más determinante de su reinado, y dan buena cuenta de sus intenciones expansionistas, solo truncadas por su inesperada muerte en el 117 d. C. Principalmente, sus objetivos militares fueron tres: Dacia, Arabia y Partia, los cuales aparecen reflejados en el mapa.

El primer objetivo de Trajano fue controlar las tierras al otro lado del río Danubio, ricas en minas de oro y posición estratégica para controlar a las tribus de la zona. Sus dos campañas triunfantes (101-102 y 105-106 d. C., cuya victoria se conmemora en los relieves de la Columna de Trajano), dieron lugar a la creación de la provincia de la Dacia (actual Rumanía y Moldavia). El segundo objetivo surgió tras el fallecimiento del rey de los nabateos, cuyo reino era limítrofe con la provincia de Judea. Trajano anexionó el territorio (106 d. C.), estableció una nueva provincia (Arabia Pétreá), y controló desde ahí las rutas comerciales que se dirigían hacia la India. Por último, el tercer objetivo era el Imperio parto, tradicional enemigo de Roma en Oriente desde la época de la República. Las aspiraciones militares de Trajano, cuya figura a emular no era otra que Alejandro Magno y sus conquistas, le llevaron a comenzar tal empresa. Estableció su base en el antiguo reino cliente de Armenia (anexionado en el 114 d. C.), y, desde su capital, Artaxata, comenzó la invasión de Partia. En el 117 d. C. los territorios entre el Tigris y el Eufrates estaban bajo su poder, convertidos en las provincias de Mesopotamia y Asiria.

Como hemos advertido al comienzo del presente comentario, las últimas conquistas de Trajano fueron efímeras. Adriano, heredero del trono imperial en 117 d. C. hubo de abandonar las últimas conquistas de Trajano. El coste (militar y humano), de mantener un territorio precariamente conectado al resto del Imperio, las dificultades para transportar suministros y tropas y las revueltas - sobre todo por parte de los judíos - que empezaron a surgir tanto en la retaguardia como en otros puntos del Imperio (como Alejandría, en Egipto), fueron razones más que suficientes como para tomar la decisión.

No obstante lo anterior, la decisión de Adriano también venía dada por propia concepción política, más enfocada hacia la defensa, la reorganización y la estabilización interna del territorio imperial. Quizá, en este sentido, Adriano era más cercano a la idea que había expresado el emperador Augusto. Las fronteras que se pueden ver en el mapa (denominadas *limes*), son las fronteras tradicionales augusteas. Adriano, en vez de buscar ampliarlas, se dedicó a reforzarlas, tanto con la redistribución de las legiones a lo largo de las líneas fronterizas como mejorando las comunicaciones (calzadas), y las infraestructuras de las mismas allí donde la naturaleza no establecía un límite claro. El propio Adriano viajó por todo el Imperio para evaluar las necesidades militares (y de toda índole), de cada provincia. La actuación más representativa (por su monumentalidad), será la construcción del denominado Muro de Adriano en Britania (122 d. C.), para separar el territorio romano de los pictos y otras tribus del norte de la isla. En los demás *limes* los obstáculos naturales eran más evidentes (el Rin y el Danubio en el Norte, el Eufrates en el Este, las zonas desérticas de África, Egipto y Arabia), aunque igualmente llevó a cabo obras destinadas a la mejorar la eficiencia en la movilidad de las legiones (carreteras, fuertes, pozos de agua y avituallamiento en el desierto), y empalizadas y bastiones de madera en zonas más expuestas (como en el *limes* germánico, conectando el Rin con el Danubio en la zona denominada *Agri Decumates*). Estos *limes*

físicamente marcados funcionaban no sólo como fronteras, sino también como límites simbólicos entre el mundo romano y el mundo bárbaro.

Desde un punto de vista político, pues, el mapa evidencia la escasa permanencia de parte de las conquistas trajaneas (las orientales), y la consolidación del sistema de defensa perimetral adrianeo, el cual permitirá una etapa de paz que perdurará durante unos cincuenta años, hasta las invasiones germánicas a las que tuvo que hacer frente el emperador Marco Aurelio a partir del año 166 d. C.

Desde el punto de vista administrativo, el mapa también ofrece información sobre la organización territorial del Imperio durante el Principado y, especialmente, en el siglo II d. C. Ciertamente, la provincia como unidad territorial ya existía con anterioridad. La República la había adoptado como fórmula para organizar sus conquistas territoriales desde el final de la Segunda Guerra Púnica (218-201 a. C.), al crear las provincias de Hispania Citerior e Hispania Ulterior. El sistema provincial se mantuvo durante toda la República, siendo antiguos cónsules y pretores los que gobernaban cada territorio en calidad de procónsules o propretore, todos ellos elegidos por el Senado. El cambio sustancial con la llegada del Imperio fue la división de las provincias en dos tipos: senatoriales e imperiales.

Esta distinción se aprecia en el mapa a través del color. El color amarillo (Bética, Narbonense, Macedonia, Epiro, Acaya, Ponto-Bitinia, Asia, Chipre, Creta y Cirenaica, África Proconsularis y las islas de Córcega, Cerdeña y Sicilia), señala las provincias senatoriales, esto es, aquellas en las que el Senado seguía eligiendo a un procónsul para que las gobernase durante un año. Este método no dejaba de ser una ilusión, ya que el emperador, de facto, controlaba las decisiones del Senado. Dicho de otro modo, el Senado no solía contravenir los deseos del emperador en cualquier ámbito. El color naranja de las restantes provincias señala las provincias imperiales, en las que el emperador, directamente, elegía al gobernador de la misma (con el nombre de *legatus augusti propraetore*).

Las provincias senatoriales tenían esa condición al estar pacificadas y alejadas de los riesgos inherentes a las fronteras. En las provincias imperiales, por el contrario, la presencia de legiones era necesaria, ya fuera por ser provincias limítrofes, por ser zonas sometidas recientemente (la *Legio VII Gemina* se asentaba en la Tarraconense para mantener controlados a cántabros y astúres), o por tener fama de protagonizar revueltas contra el poder imperial (como los judíos). Egipto era un caso especial, pues como provincia imperial pertenecía directamente al emperador desde la victoria de Augusto sobre Marco Antonio y Cleopatra en Accio (31 a. C.). Tanto era así que incluso la entrada de senadores en el territorio estaba prohibida salvo concesión expresa del emperador. Su carácter estratégico (sobre todo en cuanto al alimento que las cosechas del Nilo proporcionaban a Roma), explican tal situación. Por último, Italia no tenía consideración de provincia, sino que tenía un estatus especial como parte del territorio metropolitano circundante de la ciudad de Roma.

Las capitales de cada provincia, así como las ciudades más importantes de las mismas que aparecen en el mapa, señalan la importancia de la red de ciudades para el efectivo control del territorio imperial. El desarrollo de esta red cívica alcanzó su apogeo especialmente, aunque

no sólo, en época Antonina. Así, en aquellos lugares donde la tradición griega ya había establecido una amplia red de *poleis*, el Imperio solo tuvo que apoyarlas para que afianzaran su posición como administradoras del territorio. En los lugares en los que dicha red no existía, sí que se dinamizó la creación de colonias u otros asentamientos cívicos, a imitación de Roma y su organización cívica, ya fuera mediante el establecimiento de veteranos en ciudades de nueva planta (como las fronterizas Colonia Agripina y Moguntiacum en Germania Inferior y Superior respectivamente); la reconstrucción de antiguas ciudades destruidas durante la República (Corinto en Acaya o Cartago en el África Proconsularis), o la aglomeración de pequeños poblamientos en una sola entidad urbana (Nicópolis en Epiro). Además de administrar el territorio y ser sede de las instituciones provinciales, estas ciudades servían como centros fiscales (recaudaban los impuestos), y nodos de comunicación, pues a ellas llegaban y de ellas partían las distintas calzadas romanas que unían eficaz y rápidamente las distintas partes del Imperio, tales como la Vía Apia en Italia o la Vía Augusta en Hispania. El Mar Mediterráneo (*Mare Nostrum*), también funcionaba como nodo de comunicación e intercambios. De ahí que muchas de estas ciudades provinciales estuvieran en la costa (Esmirna y Éfeso, en Asia), o tuvieran un puerto cercano, como es el caso de Atenas y el Pireo. Ante una administración romana realmente limitada, propia de una ciudad que había terminado por controlar un vastísimo territorio con un número mínimo de funcionarios, las capitales y ciudades provinciales permitían un control efectivo del mismo, siempre que mantuvieran su lealtad y vinculación a Roma.

3. Conclusión

El presente mapa, por tanto, presenta de manera clara la configuración del Imperio romano durante la época del Principado. Específicamente, muestra un momento puntual, el fin del reinado de Trajano y el comienzo de la etapa de Adriano al frente del Imperio. Dos reinados diferentes entre sí, basculantes entre la política expansiva y la cohesión territorial interna, bien representadas en el mapa. El Imperio romano, en el 117 d. C., sufrió un cambio que resultó definitivo, pues abandonó su ansia de conquista casi definitivamente con la muerte de su último gran conquistador (Trajano), pero, a cambio, consiguió un nivel de cohesión y estabilidad que, junto con su sistema defensivo, seguramente le permitió postergar durante varios siglos más su desaparición. El sistema de ciudades como células administrativas en cada territorio, además, configuró no solo una red urbana que difundió los ideales romanos, sino que su pervivencia y utilidad se sigue apreciando en nuestros días.

4. Bibliografía

- Christol, M. y Nony, D. 2005. *De los orígenes de Roma a las invasiones bárbaras*. Madrid. Akal.
- Montero, S., Bravo, G. y Martínez-Pinna, S. 1991. *El Imperio romano. Evolución institucional e ideológica*. Madrid: Visor Libros.
- Sartre, M., 1994. *El Oriente Romano. Provincias y sociedades provinciales del mediterráneo oriental, de Augusto a los Severos*. Madrid : Akal.